

Ilustración

ORLANDO PIERRI

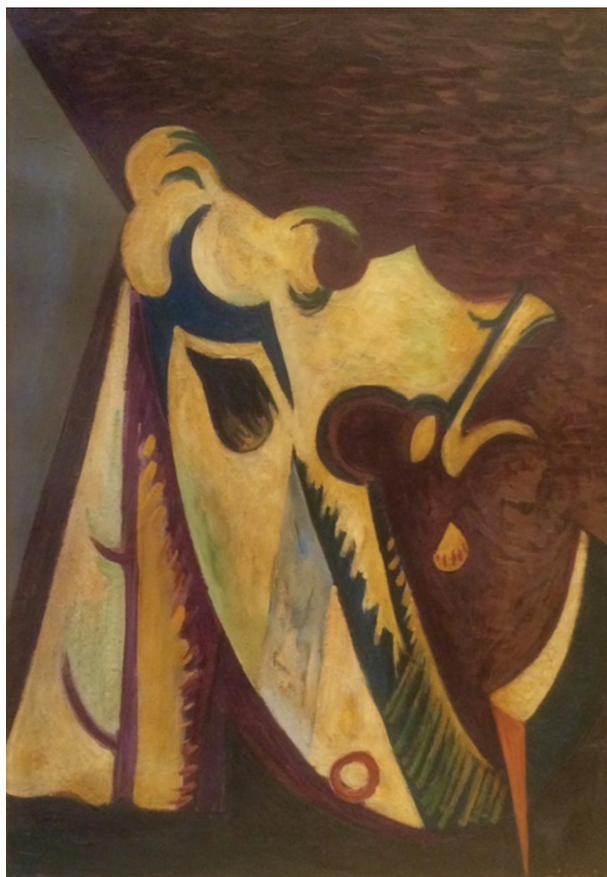
(Artista plástico argentino, 1913-1991)

Pequeña historia de una gran obra. *Orlando Pierri y Luis Barragán, se instalan en París en donde contactan con el impulsor del surrealismo, André Bretón. La situación económica era tan apremiante que subsisten humildemente con una comida por día (la del mediodía) para poder comprar pinturas. Circunstancialmente al ver Bretón la obra de Pierri, “Imagen” (1948), decide que ingrese al “III Salón des Realites Nouvilles”, París. Comentaría años más tarde Pierri a su entrañable amigo Manuel Zamora la emoción que sintió al ver su pintura ubicada en el centro de dos consagrados artistas plásticos, Dalí y Giorgio de Chirico.*

En las dos fases opuestas y contrastantes que muestra la obra “Imagen” de Pierri asoma el principio de llegar a la verdad dejando oculta la realidad que ocultan dichas facetas. Luz y sombra, son los caminos para interpretar este “desocultamiento del ser” (*alétheia* de los griegos). En esa lágrima que redondea su forma para perderse en lo externo –lo mundano– alejándose de la imagen, se desnuda la fatiga de la vida que se oculta detrás de las distintas verdades –luz y sombra– que convive en cada *ser*. Son los contrarios de todo ente, muy propio de la filosofía de Hegel: *en sí y para sí*. El *ser en sí* representa la cosa tal como es, la que no se camufla con la reflexión. El *para sí* es lo opuesto, lo que se modifica por interés. El *ser*, con el pensamiento, la idea y el lenguaje se acerca a la “cosa” y lo que ejerce es entender que los atributos dependen de ella. El tránsito entre los opuestos nos pone en concordancia con ellos. Siempre estamos entre esos dos polos. El límite no se ve, se pasa insensiblemente del *en sí* al *para sí*.

Hay un acontecimiento ideológico en lo previo a la obra, asentado sobre la “cosa” en un tiempo anterior al acto consciente. Y ésta situación es un límite a la realidad. Primero por su propia interpretación subjetiva sometida al momento interpretativo y después por la propia dinámica de la idea. El artista avanzará sobre su verdad, pero no podrá llegar a la realidad esencial de la “cosa” que interpreta.

La angustia materializada en lágrima se resbala por la fase oscura de la pintura y sale a la luz ignota, desprendida de su amo para perderse en el caudal del mundo que sufre la soledad de la historicidad de cada ser. ¿Qué oculta esa imagen que destila la lágrima? El artista ha llegado a ella pero ésta ya ha rodado lle-



“Imagen”

vándose el momento preciso de su congoja al nacer. La pintura se impregna de un escalofrío ante la amenaza de la intemperie que azota al ser, a cada ser.

Aquí nos alejamos de la estética de la obra y avanzamos sobre la “cosa” que le dio inspiración al autor, en donde exalta desde un acontecimiento -real o imaginario, pero emotivo- las contrariedades que deriva a la narración que lo conmueve. Los contrarios –luz y sombra– de la “Imagen” se enfrentan en su inevitabilidad de suceso, pues sin esta oposición, carecería de sentido la búsqueda de la realidad al perderse la complementariedad que sustenta a lo opuesto.

El origen de la obra está siempre detrás, es “luego” del acto creativo. Lo narrado puede parecer pero no comparece con el *en sí* de la obra, la cual se la ve sur-

gir sin descubrirse nunca. Como en toda la conciencia humana la nada inexplicada hace acto de presencia. Es la esencia que nos quita el sentido al entender esa nada en carácter de inmaterialidad. En esa nada el arte indaga. Desde ella arranca la lágrima de “Imagen”. La realidad es el umbral donde nacen lo contrarios que determinan las cosas. Matices en una alquimia que no alberga adjetivos sino misterio. Una aislada fase de “Imagen” –luz o sombra– dejaría sin expresión al contenido de la “cosa”, carente de manifestación. Esta particularidad se hallaría lejos de la conciencia, ya que con ella hallaremos siempre unión y separación de los contrarios, que son los que manifiestan la materialidad de la idea. Hay en esto un permanente juego de encubrimiento y desocultamiento, lo cual otorga a la verdad que se observa, la definición de un instante de subjetividad. Por eso el ingreso a todo arte es el poema. En este siempre hay una naciente en que la poesía sugiere pero nunca se termina de desnudar.

¿Cómo pensar la obra de Pierrri fuera de lo que observamos con nuestra propia conciencia? ¿Cuál fue la fuente que hizo rodar esa lágrima entre dos mundos diferentes de luz y sombra evidenciadas en “Imagen”? ¿Qué realidad oculta? Fuera de ella todo transcurre en una falsificación de lo real que sólo el arte intenta desnudar, aunque sea absurdo también su sentido en un *ser* existencial de límites desconocidos, tal cual es la conciencia que alberga. Aunque podamos hallar abnegación en lo absurdo de un hacedor como es el artista.

Esta relación de los opuestos no es un límite, sino una continuidad entrecruzada en una indefinición constitutiva que declama la dialéctica de la verdad humana, siempre relativa a la oculta realidad absoluta. Es la posibilidad que sugiere la poesía. Descubre para ocultar. Lleva a la ambigüedad que subyace en las

proporciones de luz y sombra, y que avanzan desde la realidad oculta en la misma nada, si podemos decir o imaginar la nada. Pierrri tuvo la intuición de juntar la pintura a la literatura, sobre todo al arte poético. Ése es el gran concepto de su ideología plástica. La obra de arte es una reconstrucción de una “cosa” en la idea del creador. Ella sucede en el tiempo de su sustentabilidad, no en un tiempo externo. Desde una realidad oculta que se desvanece a través del proceso histórico y desde donde intentamos darle un sentido emocional y absurdo.

*En algún descuido el Arquero
encarnó en su flecha al tiempo
luego el arco tensó y el surco
en el vacío ya no tuvo dueño.
Los hombres vieron partir
a sus envejecidos afectos.
Volverse otoño la piel. Errar
el blanco a los precarios intentos.
Con la ballesta en alto el Arquero
su intento comulgó con el pulso
quieto. Nunca supo si el disparo
es un círculo o no tiene regreso.*

Lo singular –el *ser*– se comprende dentro de lo universal –cósmico– y halla su identificación dentro una transformación continua. El *ser* trata de sobreponerse a esta angustia y entender el sentido de *estar-ahí*, donde tiene lugar su estado consciente. Esa lágrima que cae desde cada ojo humano materializa la emoción exenta de dialéctica a pesar de que “una palabra es un *microcosmos de conciencia humana*”, al decir de Lev Kygotsky.

Jorge Carlos Trainini